PRIMAVERA PARTY

(CUENTO)

Cuando don Antenor Gómeb y Gutiérrez tomó su fundamental decisión, eran las tres y veintidós minutos de la tarde de un día martes. Estaba sentado en su cómoda silla directorial ante el escritorio limpio de papeles, en esa majestuosa y ancha sala de trabajo desde donde había manejado los grandes negocios de su empresa por espacio de treinta años. No, eso no es absolutamente cierto. Durante veinte años don Antenor estuvo recluído en una oficina modesta que pertenecía a un edificio de humilde aspecto. Fueron los tiempos de lucha y de prueba. Su fina inteligencia de industrial encontraba cada día motivos nuevos para triunfar en su empresa y para aumentar el crédito de sus negocios y la influencia de su personalidad en el mundo de la industria y de las finanzas. Después vino la época de la prosperidad sin competencia, del triunfo fácil y constante, y con ella la instalación en la moderna casa con innumerables pisos superpuestos, una fila imponente de empleados, ascensores silenciosos y rápidos, y la sala rica en su estudiada sencillez.

Ese día martes don Antenor acababa de realizar un audaz golpe de bolsa, del cual resultaba respetable ganancia en dinero para su repleto haber. La satisfacción que tal operación le produjo no se traslucía en su rostro profundamente serio, ni en sus ademanes calculados, ni en la movilidad nerviosa de sus ojos oscu-

Visite: www.museartes.net/guizado

ros. Para él ese género de actos había entrado desde tiempo atrás en la rutina de la vida y lo cumplía como un deber sin importancia. Pero en ese día decisivo, por una oculta razón cuyo origen primero no trató de buscar, tomó la resolución de abandonar los negocios y retirarse al descanso familiar. Su salud había sido siempre excelente. Los sesenta años que transcurrieran desde el momento de su nacimiento no pesaban sobre ninguno de los órganos de su cuerpo. Su ambición continuaba viva; los negocios seguían atrayéndolo como un imán poderoso. Pero decidió descansar, entregar al mayor de sus tres hijos la rectoría de la empresa y no volver nunca más a sentarse en la lujosa silla del salón directivo. Y como lo pensó, lo hizo. Después de despedir a un cliente insignificante, llamó al heredero, y sin rodeos ni turbaciones en la voz, díjole estas palabras:

—Me retiro de los negocios; tú quedas desde hoy en la dirección; si tienes dificultades, consúltame.

El hijo balbuceó:

—Pero, papá, ¿te sientes mal?

—No —fue la respuesta. Y don Antenor tomó el sombrero, el periódico y una cajetilla de cigarrillos, y salió de la sala dejando sobre el escritorio un manojo de llaves.

La tierna esposa sintió un extraño movimiento en su envejecido corazón al ver a su marido regresar a casa en una hora desacostumbrada. El la tranquilizó repitiéndole las palabras dichas al hijo, antes de sentarse cómodamente en la salita de confianza. Y el episodio no tuvo ninguna otra consecuencia.

Don Antenor Gómez y Gutiérrez inició la lectura del periódico de acuerdo con su método habitual. Primeramente recorrió los titulares de todas las páginas, lue-

go arrojó al suelo el suplemento literario y, por último, se deleitó leyendo pausadamente la sección financiera y comercial. Al terminar, descansó. Se le ocurrió entonces examinar la habitación en que se encontraba. Nunca la había visto a esa hora. El sol avanzaba por los ventanales hasta comerse parte de la tupida alfombra. Los sillones de cuero estaban dispuestos en círculo, y en el centro una mesilla de escasas dimensiones sostenía un florero cargado de rosas blancas. En la pared estaba colgado un gran retrato de su esposa, tomado muchos años antes, al nacer el tercer hijo. Del otro lado, su propia fotografía hecha en París. En el pequeño estante empotrado en el más oscuro rincón de la sala permanecían alineados cuatro tomos de la obra **El secreto de los negocios o la más segura manera de triunfar,** por un famoso autor norteamericano. Eran los únicos libros que había en la casa. Muy cerca de una puerta excusada, que daba comunicación con el cuarto de costura, estaba la pobre reproducción litográfica de Mona Lisa, obtenida por la consorte en un bazar de caridad.

Don Antenor se levantó ágilmente de su sillón y empezó a recorrer la casa. Atravesó pausadamente tres amplios salones cubiertos con ricas cortinas y amoblados profusamente. Llegó al comedor, pasó por el "office", se acercó a la cocina, examinó la nevera, y salió al patio. Minutos después subía la escalera principal. Aquí estaba la alcoba matrimonial; más allá, el baño; luego, la habitación de uno de los hijos: mazos de bolo, trofeos hípicos, una revista ilustrada sobre la mesa de noche; seguía otro baño. Después penetró en la alcoba del segundo heredero: innumerables fotografías de lindas mujeres con fogosas dedicatorias y estampas excitantes de actrices de cinematógrafo.

Don Antenor sonrió despectivamente, atravesó otro cuarto de baño y llegó al dormitorio del tercer hijo: recogió del suelo una banderilla toreril ensangrentada y la colocó cuidadosamente cerca de la oreja disecada de un animal de casta; salió luego al corredor, contó las masetas de arbustos floridos y llegó, por último, al tocador en donde su amada esposa se sometía al martirio cotidiano de masajes embellecedores que le propinaba una robusta dama extranjera.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Nada —contestó un tanto avergonzado el anciano explorador—. Creo que voy a dar un paseo.

—¿Necesitas el chofer?

—No, iré a pié.

Y nuevamente el célebre potentado se encontró en la calle, caminando sin rumbo fijo, siempre solemnemente serio, afirmando los pasos como sellos sobre el pavimento, manejando el bastón con desenfado, como cuando se dirigía a presidir alguna de las muchas juntas directivas de grandes empresas.

Sin saber a qué horas, don Antenor desembocó en un parque. Su única preocupación había sido la de ir siempre en dirección contraria a la de la oficina, y, naturalmente, tenía que llegar a un parque, término opuesto a toda vía de trabajo. Eran ya las cuatro de la tarde. El caballero se detuvo, respiró a pleno pulmón y se apoyó negligentemente en su bastón autoritario. Pero muy pronto reanudó su paseo parque adentro con el mismo ritmo en los pasos, con la misma nerviosidad en la mirada.

El sol no toleraba sombras. Sobre un césped verde y amarillo un grupo de niños retozaba incansablemente, como cabritos ariscos; las cabezas rubias, negras, rojas, se movían con rapidez vertiginosa. Cerca de una

era de flores cuatro señoras de bondadosos rostros hacían labor de costura y charlaban con inusitada animación, dirigiendo de vez en cuando una mirada angustiosa al grupo de chiquillos. Alguna de ellas gritaba entonces:

—Cuidado, niños, no sean bruscos, no se ensucien los vestidos.

Y nuevamente se reanudaba la conversación.

Más allá, en una colina suave y casi imperceptible, estaban tumbadas varias parejas de enamorados. Los hombres, nerviosos y congestionados por el sol, retorcían en sus manos pedazos de periódicos o jugueteaban con los adornos de los vestidos de sus novias, o despedazaban cigarros humeantes mientras sorbían con fruición la luz maravillosa de los ojos amados. Ellas, rosadas en la limpia claridad de la hora, sostenían la sonrisa del gozo y ocultaban su natural desasosiego en un constante mordisquear briznas de yerba.

Sobre la redondez de los arbolillos hacían círculos minuciosos mariposas de todos los colores. Un viejecito inválido hacía sonar su organillo de manubrio que tocaba valses melancólicos y ritmos brincantes. En la fuentecilla central del parque el agua manaba con una tranquilidad monótona y los diminutos peces se disputaban las migajas que caían de las manos de un paseante solitario. Hacia el fondo se veía un tranquilo paisaje de árboles militarmente alineados, haciendo guardia perenne al camino tortuoso por donde se perdían parejas de caminantes. Trabajosamente y ayudado por su primorosa niñera, un chiquillo gordiflón —año y medio de vida— se empeñaba en dar los primeros pasos sobre la grama, y espantaba con su andar irregular manadas de gorriones picoteadores.

Había un diálogo constante entre la luz, la tierra bri-

llante, los guijarros ardientes, las hojas verdes, las flores maduras y los niños tiernos. Había un olvido total de la amargura de las horas, de la pesadumbre del deber, de la angustia del trabajo, en todos los rostros. Había una paz virginal en el correr del agua, en el fuego del viento, en el volar de las aves.

Don Antenor Gómez y Gutiérrez marchaba siempre hacia adelante, por el camino mejor asfaltado, buscando las escasas sombras de los árboles, imponiendo sus recios tacones, con su paso de propietario. Y, puesto que se había dedicado al descanso, iba tejiendo un monólogo de grande interés para él, sin sentir los retazos de diálogo que se estrellaban contra sus oídos, sin percibir el canto de los pájaros, las risas de los niños, el ritmo del aire ni la queja de los enamorados.

Y se decía:

—Nunca más, nunca más volveré a la oficina. Las acciones de la urbanización subieron cinco puntos... Si el gobierno quisiera vender este parque... bien distribuído el terreno podrían construirse doscientas, quizá doscientas cincuenta casas, todas con jardín... la valorización...

—¿Me quieres? ¿De verdad me quieres? —decía una voz masculina ahogada en la pasión.

—Mañana hay junta directiva de la Sociedad de Inversiones. El balance fue muy bueno... la bonificación de los empleados podría disminuirse para aumentar las reservas...

—Pío, pío, pío —trinaba insistentemente el gorrión.

—Nunca más, nunca más volveré a la oficina. Cada vez que se presente un problema, vendrán a consultármelo... Se podría abrir una sucursal en los llanos... con las comunicaciones aéreas, los productos llegarían frescos...

—Rosada, sí, rosada... ¡estoy segura de que será una niña! La futura madre, con el rubor constante en las mejillas, seguía tejiendo sin hacer caso de la risa burlona de su compañero.

—Si lográramos interesar capitales norteamericanos podríamos flotantizar esa nueva empresa... yo presidiría el consejo de administración... una vez por semana, únicamente. Estoy descansando... me he retirado de los negocios...

—Pum, pum, pum, llegó el Bandido de la Sierra, vengo a rescatar a la muchacha; pum, pum, pum, tres muertos, adelante, mis hombres... Sobre la grama cayeron tres cabecitas —negra, roja y rubia— mientras el Bandido de la Sierra, montado en su caballo de palo, se alejaba victorioso arrastrando una muñeca de trapo.

—Enrique me reemplazará muy bien... tiene talento... ha trabajado a mi lado durante diez años... por lo demás, yo lo aconsejaré... debe ser rígido con el personal... si cambiara al jefe de la sección de cobros... si lo reemplazara por...

—Tralaralá, tralalá, tralalá... El organillo tocaba por décima vez el valse lánguido.

—No creo que el taller de fundición se pueda paralizar... tenemos materia prima en grandes cantidades... el último pedido llegará pronto... hay que bajar los precios... la competencia no resistirá...

—Llevaba un traje precioso, lindo... era su primer baile... estaba encantadora. Nosotros fuimos porque insistieron mucho sus padres, tú sabes que Carlos y José son amigos desde hace mucho tiempo... estuvo muy buena la fiesta...

—Si se pusiera un aserrío en este lugar, surtiríamos de madera a todos los talleres... ¿para qué tienen es-

tos árboles aquí? Necedades, desperdicios, falta de sentido práctico...

Don Antenor Gómez y Gutiérrez había llegado a lo alto del montículo. Se detuvo un momento para descansar; miró el reloj; eran ya las cinco. Dentro de media hora debía tomar su pócima para evitar incorrecciones estomacales. Era el único remedio que necesitaba su fuerte constitución. Los almuerzos de negocios podían causar desarreglos en su rígida digestión, y para prevenirse ingería siempre —a las cinco y media— una cucharadilla de polvos blancos con sabor a menta.

Abajo, los jinetes con cabalgaduras de palo disminuían el ritmo de su carrera, vencidos por el cansancio. Las señoras recogían sus labores metiéndolas en saquitos especiales y los enamorados se preparaban para una dolorosa y corta despedida. El sol se hizo tímido y rojizo. Las aves aquietaron su vuelo buscando el refugio de las ramas verdes. Vencidas por el día, algunas rosas desparramaron sus pétalos sobre el pavimento aún cálido. El agua de la fuente seguía manando, indiferente y limpia.

Don Antenor emprendió el camino de regreso. Otra vez su paso de hombre de negocios venció la distancia con una seguridad irreducible. En cinco minutos, antes de que la futura madre se hubiera arreglado el abrigo para disimular lo más posible la turgencia de su vientre, llegó a la calle y se mezcló con los peatones presurosos. Cuando su amante esposa se disponía a subir al automóvil que debía conducirla hasta la casa en donde se ofrecía una fiesta protocolaria, don Antenor se presentó, sudoroso, empolvado, pero firme como un roble, y dio a la consorte el beso ritual. Luego penetró en la salita de confianza, hizo sonar el timbre, solicitó su poción de polvos blancos y el vaso de agua compa-

ñero, y esperó, inmóvil, en su sillón favorito, la llegada del periódico vespertino con las últimas cotizaciones de la bolsa.

A las seis y media entró el hijo mayor. Pocas palabras fueron suficientes para exponer al progenitor la marcha de los negocios durante las últimas horas de la tarde.

Todo iba bien.

Durante la frugal comida se discutieron temas diversos: la compra de una hacienda; la introducción de sementales holandeses; las medidas fiscales del gobierno; el discurso de un líder sindicalista en cierta manifestación popular, etc. Al tomar el último sorbo de café el heredero preguntó con acuciosa solicitud:

—¿Estás contento, papá? ¿Has descansado?

—Sí, hijo. Nunca más volveré a la oficina. Ya es hora de gozar de esta tranquilidad...

—¿En dónde estuviste hoy?

—En el parque. Un agradable paseo, te lo aseguro.

—¿Quieres ir al teatro esta noche?

—No, prefiero acostarme... Hasta mañana.

*

La noche opacó todos los brillos. Por el ventanal de la alcoba penetraba el hilo del silencio. El aire tibio seguía pulsando el ritmo de las horas, meciendo la ligereza de las hojas, arrullando el sueño de las cosas. En su cuartito blanco una mujer enamorada —quizás aquella que recibió la caricia del sol en el parque— soñaba con el velo blanco, el altar iluminado y los acordes de la marcha nupcial. En su camita adornada con gatitos azules, el Bandido de la Sierra dormía dulcemente mientras su caballo de palo permanecía recostado contra la pared, velando el descanso del amo. En su rincón de

miseria el viejecito inválido roncaba sonoramente, recostada la cabeza en el organillo de manubrio. En su nido de pajas el gorrión asustadizo escondía el pico entre las plumas y cerraba lentamente los ojos. En la fuente de plata los peces seguían oyendo la canción del agua.

Don Antenor Gómez y Gutiérrez también dormía en la amplia alcoba de su casa. Y también soñaba: con el descanso al fin ganado, con la definitiva renuncia a la jornada de trabajo, con la dicha infinita de no hacer nada, con el placer increíble de ser un potentado retirado de los negocios.

A la mañana siguiente, mientras tomaban el familiar desayuno, don Antenor dijo a su heredero con esa voz pausada y firme, sin entonación notoria, ahuyentadora de toda réplica:

—Dáme las llaves de la oficina, hijo, quiero aprovechar el tiempo examinando los balances...

RAFAEL GUIZADO